

*Bartolomé Ros, fotógrafo**

Ricardo J. BARCELÓ SICILIA

Periodista, A.E.A.

Cuando Bartolomé Ros recaló en Ceuta en 1918, con sólo 12 años de edad, la ciudad vive ajena todavía a las mudanzas que, en poco tiempo, producirá el final de la primera guerra europea. Un ceutí, Rafael Gibert, la describe como «una ciudad donde se vivía casi de balde. Los militares —escribe en sus memorias— tenían casi todos pabellón, que el Estado les cedía gratuitamente; y las modas femeninas gozaban de mayor permanencia y todo era muy sencillo. Las telas que venían de Gibraltar, lo mismo que el azúcar, el tabaco, el cacao y las galletas, tenían precios baratísimos». (...) «El pescado, plato obligado en cada comida, se adquiría por céntimos y para colmo de bienestar económico, diariamente llegaban del campo más de cien moros anyerinos que por pocas monedas llenaban las despensas de lo más apetitoso que puede exigir el gastrónomo más exigente». (...) «La fruta la traían de la costa malagueña en unos faluchos que cruzaban el Estrecho hasta en los días terribles de levante, que no salía el vapor correo y que aparecía en la Capitanía del puerto la bandera de «puerto cerrado».

Es en esta Ceuta reducida a plaza fuerte, menos que una ciudad provinciana, con las calles mal alineadas y sin empedrar en su mayoría, donde Bartolomé Ros acompaña a su familia desde Cartagena, destinado su padre a trabajar en el ferrocarril que comunicaba Ceuta con Tetuán, en el país vecino de Marruecos, desde cinco años atrás convertido en Protectorado de España y Francia.

Poseo testimonios de quienes conocieron a Bartolomé Ros en la época: le describen como un muchacho dotado de hábil capacidad manual, con

(*) Palabras pronunciadas en la inauguración de la exposición de fotografías de Bartolomé Ros, celebrada en el Colegio Mayor «Ntra. Sra. de África», Madrid, entre el 24 de enero y el 9 de febrero de 1995.

inclinación hacia la plástica, o sea, el arte de plasmar y saber hacerlo con sentido estético, y abierto a toda curiosidad. Dos años después de su llegada trabaja en el taller fotográfico de Angel Rubio y no tarda en aprender las técnicas de la época que sabe optimizar con su habilidad innata. De aquel entonces es el retrato de su hermana Isabel que se muestra en esta exposición y que nadie imaginaria hecho por un muchacho de sólo 14 años: esa escenografía y ese juego de luz advierten de un virtuosismo que cristalizará en uno de los mejores fotógrafos españoles de su tiempo.

Todo su quehacer fotográfico se reducen a diez años de actividad, entre 1920 y 1930. Porque siendo menor de edad consiguió la representación de la firma Agfa (contrato que hubo de suscribir su padre, dada la circunstancia de su minoría) y al mundo empresarial relacionado con la fotografía se dedicó con notabilísimo éxito, ampliando luego sus representaciones; sus empresas le sobreviven y gozan de espléndida salud. En esos diez años de ejercicio de la fotografía colaboró con las revistas y diarios más importantes de entonces y asistió a acontecimientos que han quedado registrados en la historia. Con las dificultades que son de imaginar en aquellos años (los caminos de herradura, la permanente alerta ante las posibles escaramuzas por parte de marroquíes desafectos al Protectorado, la incomodidad de acarrear un artilugio diseñado más para el taller o el estudio que para su manejo al aire libre) está presente en sucesos singulares: la jura de bandera de unas primeras tropas legionarias, la inspección que Primo de Rivera gira a posiciones en los alrededores de Tetuán cuando las huestes de Abdelkrim El Jatabi hostigaban la región occidental para diversificar las tropas concentradas frente a Alhucemas; las visitas de Don Alfonso XIII, de la infanta Doña Luisa, del infante Don Jaime, de la reina María de Rumanía, cuyos testimonios fotográficos forman parte de la memoria histórica, del archivo en que guardamos una parte de nuestro pasado.

Pero, aparte de este rastro de la historia, en que la oportunidad sitúa al fotógrafo para dar fe de lo que acontece, y saber hacerlo además con talento, Bartolomé Ros en ocasiones se deleita sacándole jugo —por decirlo de una manera coloquial— al manejo de la luz y de los ambientes, entregándose al arte de sorprender un instante de la vida cotidiana donde es imposible añadir más esteticismo. Es verdad que Marruecos y sus medinas se prestan a ello. ¿Quién no se ha dejado embriagar y hasta seducir alguna vez por la luz que estalla en las fachadas enjalbegadas, entre el tintineo del aguador que pasa, el aroma de las especias que flota en el Attarin o el olor del cuero curtido que vuela por el Jarrazín? ¿O ante los bakalitos en penumbra, con cerámicas de los alfares de Fez o de Safí, o con bandejas de metal que rutilan cuando las alcanza un furtivo rayo de sol? Se percibe el gozo de Bartolomé Ros, y tiene la virtud de trasmitírnoslo, cuando deja constancia del instante en que un anciano de aspecto bíblico, regatea el precio de un haz de leña a la campesina vendedora. Es prodigioso cómo se convierte en obra de arte un gesto cualquiera del diario

quehacer cuando hay un ojo capaz de percibir su virtual plasticidad y cuando se está en posesión de eso que conocemos como técnica depurada. Con este bagaje, cualquier situación (unos muchachos rifeños junto a unos nopales, o unas cigueñas sobre una torre en Alcazarquivir) alcanzan cotas de obra de arte.

Ocurre que al actuar sobre una materia, es difícil que el hombre, aun sin proponérselo, no deje en ella alguna huella de intencionalidad, esto es, que el objeto corporal, una vez manipulado por el hombre, añade a sus propias cualidades la de ser señal, símbolo o síntoma de un designio humano. Pero hay operaciones en las cuales se produce una obra material con la voluntad deliberada y exclusiva de que sea signo de las intenciones de quien la ejecuta. Y así, estas fotografías que aquí se reúnen fueron hechas con el gozo del bienhacer y con intención no sólo de dar testimonio, sino de transmitir, de comunicar, de emocionar, sin que necesiten de interpretación.

Agradecemos que el artista que fue autor de todo esto dejara una obra tan hermosa que nos permite ahora la complacencia de su contemplación, y a su hija Rosa habernos dado la oportunidad de gozarla.

Muchas gracias a todos.

